

Cuando ya está todo dicho...

Retos de la nueva evangelización a la Iglesia cotidiana

Francisco García Martínez

Facultad de Teología. Universidad Pontificia. Salamanca
E-mail: Pacogm27@hotmail.com

Recibido: 31 mayo 2013

Aceptado: 3 julio 2013

RESUMEN: No está todo hecho; más bien, en lo que respecta a la evangelización, nos queda mucho por hacer. Para empezar y para que nuestra evangelización sea realmente nueva conviene que la aceptemos y la vivamos como un verdadero reto, como un verdadero combate espiritual. Combate que necesita testigos de carne, capaces de recomponer desde Cristo, dentro y fuera de los marcos de la Iglesia, la estructura eclesial; capaces de enseñar a otros a llevar su existencia desde la caridad cristiana, a establecer «comunidades compañeras» y a vivir la experiencia de la fe en el marco de una vida evangélica común.

PALABRAS CLAVE: parresía, combate espiritual, testigos de carne, caridad social, alegría.

When all is said...

Challenges for the new evangelization in the Church

ABSTRACT: Much remains to be done; concerning evangelization we still have a lot to do. To start with and to obtain a radically new evangelization we must accept it and live it as a real challenge, as a real spiritual combat. A combat that needs witnesses of flesh and blood who are able to recompose from Christ the ecclesial structure, within and outside the frameworks of the Church. The witnesses are able to teach others how to take its existence from the Christian charity, to establish «partner communities» and to live the experience of faith within the framework of a common evangelical living.

KEYWORDS: parrhesia, spiritual combat, witnesses of flesh and blood, social charity, joy.

Aceptar el reto.

La necesaria *parresía*

Tengo la sensación de que la nueva evangelización se encuentra en un *impasse* en el que la falta de progra-

maciones pastorales concretas que conviertan su análisis de la realidad y sus indicaciones de fondo en acciones pastorales está quemando la propuesta. Desde la *Evangelii nuntiandi* se han vertido ríos de tin-

ta sobre la evangelización y posteriormente sobre la nueva evangelización¹, pero hay una especie de resistencia del sistema eclesial global a asumir la nueva situación que da origen a la llamada a salir de las inercias y vías muertas de la vida eclesial. Esto no solo en los responsables de la acción eclesial, sino también en los cristianos que le dan vida.

Hablo aquí de sistema no en sentido negativo, sino simplemente descriptivo, como la configuración que la Iglesia hace de sus estructuras y del imaginario de sus fieles adaptado a la historia vivida en estos últimos siglos. Un sistema que responde a unas circunstancias históricas que lo hacían quizá adecuado (con los límites que marca la tangencialidad de la Iglesia consigo misma, o su refe-

rencia al Reino), pero que se ha convertido en demasiado estrecho para un cristianismo a la altura de este momento histórico.

Ahora bien, esta sujeción del cristianismo a una forma histórica que ya no tiene contexto más que en los inevitables afanes de seguridad del ser humano, que prefiere siempre la reducción de la realidad al mundo conocido a salir de su tierra y descubrir la verdad entera de las cosas... nos está haciendo pagar un precio muy alto, aunque quizá inevitable en este cambio de época.

Pues bien, la propuesta de la nueva evangelización invita a un *salto hacia adelante* que no sea solo reestructuración externa, sino un *volver a partir de Cristo* (Kasper) Maestro y Señor, y no seguir partiendo solo del Cristo asimilado al sistema eclesial. Algo que, como es natural, solo cabe hacer desde la Iglesia. Es necesaria la decisión de caminar hacia el futuro sin saber del todo cómo es y sin saber del todo los caminos por dónde ir. En este sentido no es posible la nueva evangelización sin una *planificación y organización de las estrategias pastorales* (Andrades), pero ésta debe afrontar de manera subyacente un combate espiritual en cada cristiano y, en especial, en los llamados al ministerio pastoral. Un combate espiritual que lleve a

¹ Apunto algunas reflexiones recientes de las que me siento especialmente cercano y, en ocasiones, deudor en mis palabras: W. KASPER, «La nueva evangelización como reto teológico, pastoral y espiritual», en *El evangelio de Jesucristo*, Santander 2013, 243-317; G. AUGUSTIN (ed.), *El desafío de la nueva evangelización*, Santander 2012; E. BIANCHI, *Nuevos estilos de evangelización*, Santander 2013; F. J. ANDRADES, «Una propuesta pastoral de nueva evangelización», en J. NÚÑEZ - F. J. ANDRADES (coords.), *Nueva evangelización. Retos y posibilidades*, Salamanca 2012, 55-78; G. URIBARRI, *El mensajero. Perfiles del evangelizador*, Bilbao 2006.

aceptar pacientemente, sin ceder a la idolatría a tiempos pasados ni a tendencias iconoclastas, que la travesía del desierto será larga y el camino no será en línea recta, sino dando un rodeo que seguramente nos hará pensar en más de una ocasión que moriremos en el desierto, porque ni se ve la tierra prometida ni se puede volver atrás. Un combate que fortalezca la confianza en Dios y la fidelidad creativa.

Es importante evitar engañarnos con la excusa de que no debemos hacer daño a la fe de los pequeños con cambios bruscos que sembrarían confusión y ocultar nuestros miedos manteniendo formas agotadas o más que ambiguas, o haciendo dejación de las propias responsabilidades con ese discurso simplista, ineficaz y autojustificativo que afirma que todo consiste en ser más santos. Hay un momento, y este es el que parece estar viviendo la Iglesia en este cambio de época y su propuesta de (nueva) evangelización, en el que se debe afrontar la pregunta directa: *¿También vosotros queréis marcharos?* Esta es la pregunta de fondo con la que la (nueva) evangelización confronta la fe de los fieles y la vida de sus estructuras. Hay que afrontar el paganismo interior de una vida cristiana que se ha mezclado demasiado con los crite-

rios del mundo hasta el punto de que le resulta duro escuchar que hay que comer la carne de Cristo para pertenecer a la Iglesia (Jn 6). Y hay que afrontar igualmente el miedo que provoca la respuesta positiva cuando parece que supone iniciar un camino de espantosa kénosis (Mc 8, 27-32). Así lo plantean los evangelios de Juan y Marcos recordando la vida de Jesús y re-proponiéndola adaptada a sus comunidades.

Creo que es aquí donde está el verdadero reto de la (nueva) evangelización, en esta recomposición radicalmente crítica de la estructura eclesial y en la aceptación de una presencia radicalmente kenótica, aunque alegre de la Iglesia en la sociedad. Cristo, que hace esta pregunta, se muestra lo suficientemente radical con su vida como para no desidentificar su camino, y lo suficientemente paciente con los discípulos como para no agotarlos con excesos puristas. Es ante esta pregunta donde el mundo se divide y la Iglesia encuentra su humilde lugar sin salirse del mundo, pero sacramentalizándose para él. Es este desgarramiento provocado por Cristo el necesario en la (nueva) evangelización.

Por tanto, hay que evitar que la propuesta de la (nueva) evangelización se haga ineficaz al ser utilizada para justificar acciones que

no apuntan a este centro. No deja de ser preocupante que muchas de las acciones pastorales que se sitúan a su amparo no hacen sino encubrir la falta de ánimo o de *pa-rresía* para cambiar de paso la orientación de la acción pastoral o sólo parecen ser calmantes contra nuestra pequeñez e irrelevancia social. Hay que recordar que hasta hace muy poco éramos mayoría los cristianos y aún lo seguimos siendo en España y, sin embargo, la des-identificación evangélica, con la que se vive una religiosidad difusa bajo formas cristianas, está haciendo que muchos en el fondo no sean mejor que pocos. Si se me permite diría: «No todo el que dice 'nueva evangelización', 'nueva evangelización' entrará en el futuro de la Iglesia».

La vida cristiana ha de volver a situarse bajo el descenso de Dios, bajo su kénosis de amor en Cristo que, siendo la bendición por excelencia del mundo, supone siempre, como en el caso de Jacob, un combate terrible. Éste, si se acepta, renovará la Iglesia aunque parezca dejarla herida, porque esta herida es la herida de la gracia que la lleva humildemente al encuentro evangelizador de un mundo de hermanos heridos.

Por tanto, mi sensación es que lo que falta más que palabras es *pa-rresía* para hacer o iniciar, aunque

sea a tientas, lo que nos vienen diciendo desde hace tiempo los vigías más avezados o para dejar de hacer lo que ya sabemos que no funciona, pero nos da cierta seguridad o aceptación social. En cualquier caso, apuntaré algunos retos, ya ampliamente reflexionados, que apuntan al fondo más que a las formas.

La fe como bendición. La deseabilidad de la propia fe

Hace un tiempo, hablando sobre un testimonio cristiano que fuese evangelizador, Luc Pareydt afirmaba: «El primer objetivo no es tanto hacer que los otros crean 'como nosotros', sino que *crean que nosotros creemos de verdad* en algo, en Alguien que hace posible nuestra alegría de vivir y el gusto de ponernos en contacto con quienes buscan a tientas esa alegría y ese placer»². La cita se sitúa en línea con la invitación que hacía san Pablo a la alegría en la Carta a los Filipenses. Una alegría asentada en la paz de Dios que, cuando uno se entrega a Él, *guarda los corazones por medio de Cristo Jesús* (Fil 4, 4-7).

Nada puede hacer que la fe eclesial aparezca como evangelio si

² L. PAREYDT, *Testigos para nuestro tiempo. Cristianos atractivos*, Bilbao 1996, 37-38.

ésta no acontece en el mismo creyente como fuente de alegría. ¡Nada! Esta alegría, paz o serenidad del corazón que se da incluso en medio de la angustia y que, por esto mismo, *supera todo razonamiento*, procede de la confianza en que nada puede separarnos del amor de Dios (Rom 8, 31-39). Muchas veces el hermano Roger invitó a los que lo escuchaban a radicarse en este espacio... *Si la confianza del corazón estuviera al principio de todo...* Y vaya si ha conseguido ser un testigo evangelizador...

Esto supone que la fe ha de reconocerse y re-vivirse como un espacio terapéutico radical, un acontecimiento salvífico, un trato con Dios como presencia tan discreta como fundante y bienhechora. Presencia que se manifiesta no solo en los centros personales y sociales del bienestar, tantas veces olvidados de los amenazantes extrarradios de la vida, sino en el centro mismo de la angustia humana. En ese extrarradio de dolor y soledad que es el núcleo donde nuestra vida ha de discernir su verdadero sentido o sin-sentido. Por eso, esta bendición que es la fe debe afrontar en el creyente la prueba de las angustias propias y los dolores del mundo, y mostrarse en ellos como gozosa esperanza desde la cruz de Cristo.

La fe debe salir de ese estado de religiosidad difusa en que se encuentra y someterse a sus contenidos más nucleares: la creación, el perdón de los pecados, la resurrección de los muertos y la vida en comunidad, porque son ellos la expresión confesante del encuentro con el Dios de la paz. Es el gozo en el mundo, el perdón, la esperanza y el amor comunitario donde la fe puede acontecer en el hombre como paz y alegría verdaderas, las que el mundo no da. Es necesario que la fe revierta el camino de los últimos años y vuelva a su lógica natural: la fe no es coincidente con el amor que damos, sino con el amor de Dios que recibimos de Él de forma sobreabundante.

Solo una oración evangélica, una oración que medite los misterios de la fe en los que Dios se ha manifestado, una oración que adentre más allá del infantilismo cristiano al que nos ha sometido una iniciación para niños, podrá encontrar esta paz que hace de nosotros *testigos atractivos* (Pareydt) que hacen deseable la fe, que invitan a un itinerario de búsqueda confiada.

Por tanto, esta deseabilidad no proviene de manifestaciones externas especiales, no tiene nada que ver con *tácticas* de evangelización, sino que es anterior y funda

la presencia evangelizadora en su dimensión más individual primera en cuanto diálogo del cristiano con los que le rodean y en su dimensión más estructural de acciones donde las comunidades puedan ofrecerse como espacios de compañía y búsqueda en medio de la desorientación actual.

Lo que está en juego, por tanto, es la *recuperación del Dios-bendición que genera alegría y hace natural en el hombre una palabra que le refleja al contar la propia vida personal*. Y, por otro lado, la recuperación del *arte de la vida compartida* que media esta bendición, un arte que es a la vez litúrgico y relacional en las comunidades. Si es verdad que en una sociedad enteramente (?) cristiana el arte de la comunitariedad de la fe quedaba francamente diluido, hoy por hoy este arte evangélico aparece como una posibilidad francamente enriquecedora y, a la vez, como una acción necesaria.

**La fe como liberación.
La compañía cristiana
a los que sufren**

No basta lo anterior como el texto de Filipenses advierte. La alegría que ha sido otorgada al cristiano se refleja en la naturalidad de una bondad que atraviesa las propias

obras y que todo el mundo puede ver (v. 5). Por tanto, la alegría de la fe debe convertirse en una hospitalidad interior donde el corazón acoge a los otros en sus propios afectos y en un compromiso exterior donde los propios trabajos se abren a las necesidades de los demás.

Es esta presencia de la bondad de vida del cristiano en el mundo cotidiano lo que puede hacer ver que la fe es una bendición para todos, también para los que no la tienen. Se trata de una presencia benevolente que es *apoyo* en las necesidades más básicas de alimento, sanidad, educación, compañía y perdón, e igualmente *defensa* de la dignidad de cualquiera que sea atropellado por personas o instituciones.

Es necesario recordar que el evangelio está lleno no de conversos, sino de bendecidos por la bondad de Cristo, una bondad que manifiesta la presencia de un Dios filántropo que, deseando la salvación de todos, escoge a algunos para revelarse a todos en su bondad. Quizá aún no hemos reflexionado de modo suficiente lo que la sacramentalidad de la Iglesia supone, digámoslo con palabras gruesas, la no conversión cristiana de la mayoría de aquellos a los que está también reservada la salvación.

Pensamos que es muy importante conservar un doble nivel de la caridad a la que está llamado el cristiano. Es necesaria su estructuración para que sea realista y eficaz en nuestras sociedades. Son imprescindibles organizaciones y voluntariados concretos que den cuerpo, lo que podríamos llamar caridad social. Sin embargo, es necesaria en estos momentos una re-apropiación personal de la caridad. Es decir, estas organizaciones y voluntariados no deben absorber la lógica de la caridad a la que se debe cada cristiano en su situación concreta. La caridad cristiana, la bondad de la que habla san Pablo, es una forma de existencia personal que no puede ser sustituida por compromisos parciales y estructuras de servicio a las que uno apoya. Se trata de reavivar la discreta presencia testimonial del cristiano como tacto concreto de la bondad de Dios en las relaciones de tú a tú. La compañía a los enfermos, la escucha de los que se encuentran en soledad, la generosidad invisible con los que están en necesidad para los que las estructuras son lugares tanto de ayuda como de vergüenza, el perdón concreto para los que han tenido comportamientos contra nuestra vida... Es en la generosidad de vida con los pobres y en el perdón a los enemigos donde se acredita la fe como evangelio para el mundo, co-

mo buena noticia para los pobres y los pecadores.

Es importante igualmente comprender que esta presencia benevolente no nos pertenece en exclusiva. Pablo mismo invita, en el texto ya citado de Filipenses, a los cristianos a fijarse y aprender de *lo virtuoso, noble, justo, amable...* del mundo que les rodea (v. 8). El creyente debe aprender a percibir los signos de la gracia de Dios en los otros sin *peros* (Lc 9, 38-40). Se alegra por ellos y aprende de ellos, pues no es la primera vez que en ellos se refleja mejor la vida de Dios que en los propios elegidos (Lc 7, 9).

Por tanto, la alegría propiamente cristiana debe convertirse, a través del amor, en alegría de aquel a cuyo lado caminamos. Los creyentes tenemos el reto de *re-encontrar la alegría de la entrega* (Hch 20, 35) y a la vez *el arte de la discreción*. Si bien es verdad que quizá en determinadas ocasiones la Iglesia deberá mostrar sus obras, debería hacerlo con esa conciencia paulina de cometer un desvarío (2 Cor 11, 17) y enseguida volver a su lugar propio: *que tu izquierda no sepa lo que hace tu derecha* (Mt 6, 3).

Las reflexiones de los dos apartados anteriores suponen un necesario esfuerzo por la *des-ministerialización* de la (nueva) evangeliza-

ción. Nos referimos con esto a que la renovada presencia de Dios en nuestro mundo, la puesta en circulación de su presencia por parte de la Iglesia, tiene el reto primario de situarse en la vida cotidiana de todos los fieles y no en acciones puntuales, por muy adecuadas que sean. Es necesaria la reconstrucción de la Iglesia en la vida personal de los cristianos de forma que sea esta vida concreta, en su presencia personal y en sus relaciones mutuas, en sus celebraciones y su generosidad cotidiana, la que se haga luz para las gentes o levadura escondida en medio de ellas. Es necesaria la rehabilitación de la Iglesia desde el sacerdocio común de los fieles como pueblo de Dios (que funda la propuesta eclesiológica de la *Lumen Gentium* y la *Gaudium et Spes*) a cuyo servicio está todo lo demás, ¡todo! Porque es en este sacerdocio donde se da gloria a Dios (Ef 1,4-6) y donde aparece la gloria de Dios para el mundo (Mt 5, 16).

Esto supone que se debe producir una re-composición de la ministerialidad de la Iglesia desde este elemento que hará que todo en la Iglesia se vaya evangelizando (evangelización *ad intra*) y aparezca la verdadera presencia evangelizadora de la Iglesia para el mundo. Esto no significa tanto la creación de nuevos ministerios como la afirmación del sentido de los

mismos desde la Palabra que Dios dirige al mundo y que debe ser la fuente primigenia de la espiritualidad ministerial, palabra que se hace densa y eficaz en los sacramentos. Quizá se pudiera decir que es la palabra evangélica lo que da carne al sacramento, ya que sin ella la carne de Cristo, que se ofrece en comunión, se convierte en gracia difusa de una religiosidad natural o pagana con formas cristianas.

La re-estructuración de la iniciación cristiana y la re-configuración comunitaria de los espacios de la fe

En este apartado intentamos apuntar hacia las estructuras eclesiales que se hace necesario renovar para ir haciendo posible lo apuntado anteriormente. Se trata de la re-estructuración de la iniciación cristiana y las formas de expresar la dimensión comunitaria de la vida concreta.

En primer lugar es necesario repetir que la radicación de esta iniciación en el período de la infancia sin referentes cristianos mínimos en el ámbito de la familia está siendo un fracaso estrepitoso, y que esto se agravará por la lejanía cada vez mayor de los padres, y ya de

los abuelos, de la fe práctica. Por tanto, la renovación de la iniciación no se producirá con un cambio de catecismos, con un reordenamiento de los sacramentos (bautismo-confirmación-eucaristía), ni con una llamada, casi ofensiva, a un renovado compromiso de los catequistas...

La iniciación se juega sobre todo en la presencia de una comunidad compañera (iglesia doméstica, comunidad parroquial, grupo de fe...) que ofrezca verdaderos espacios de aproximación y vivencia de la fe a los que incorporarse. Hay que decir que no hay mistagogía posible sin contexto de fe y viceversa. Esto supone que su centro debe pasar a ser la vida de los adultos y dejar de ser la vida de los niños, sin que esto suponga *arramblar* con la catequesis infantil.

De igual manera, la iniciación requiere la recuperación del discipulado frente a la Palabra de Dios, un discipulado acompañado por la cercanía de quien ha hecho de esta disciplina la fuente de su vida. Es la referencia a esta Palabra viva lo nuclear, una palabra que debe ser vivida en diálogo de fe. Por otra parte, es necesaria la recuperación del respeto por los sacramentos, que no se produce por una estilización estética de sus formas, sino por su celebración en su tiempo y bajo su sentido, sin re-

ducirlos a la lógica de consumo religioso en la que nos hemos visto envueltos demasiadas veces con gusto.

Esta iniciación requiere una nueva ministerialidad que forme o reforme a los llamados a ser acompañantes en estos procesos. Hombres y mujeres, laicos, religiosos o presbíteros, que sean discípulos breados en el arte de la vida cristiana en el mundo, hondos conocedores de los misterios de la vida (vuelta especialmente complicada y sin referencias) y de la fe, y amables compañeros que no temen hablar de la radicalidad del evangelio con la paciencia y discreción de quien conoce su propia debilidad.

Por otra parte, como ya hemos apuntado, la salida de la cristianidad y de un cristianismo generalizado, nos posibilita y a la vez hace necesaria la recuperación de la vida fraterna como testimonio de vida evangélica frente al mundo. Es urgente, superando el purismo comunitarista que se ha dado en los decenios anteriores, apropiarse el motivo de fe al que apuntaba. No todos han de estar en pequeños grupos o comunidades de vida, pero todo cristiano debe sentir a un grupo de personas como su compañía de fe, signo de su pertenencia al cuerpo eclesial. Esto tendrá muchos niveles, pero es nece-

sario que las parroquias generen dinámicas de reconocimiento fraterno, de vivencias sencillas pero hondas de comunión que se arraiguen en lo espiritual sin dejar de tocar lo más concreto de la vida.

Es de esta manera como el cristiano se sentirá acompañado por una presencia de Cristo, que no terminará siendo solo un holograma en sus propias soledades, necesidades y proyecciones, sino una presencia real al contacto con su mismo cuerpo eclesial que le toca en el tacto de aquellos a los que ha sido incorporado y con los que vive su fe. Es necesario igualmente que la vivencia comunitaria de los diferentes grupos no absolutice su forma, sino que sirva de mediación de una fraternidad eclesial global.

Digamos para resumir que es necesario *recuperar la alegría del discipulado en todos los cristianos*, algo que generará una forma de iniciación cristiana discipular (relacional y auto-implicativa). Junto a ello se debe recuperar para todos *el arte de la vida evangélica común*, que, aunque en distintos niveles y formas, deberá ir haciéndose habitual en todos.

Por último, la vida cotidiana

Unas últimas palabras para afrontar otro de los retos fundamenta-

les. Si bien es verdad que debemos asumir que Dios nos segrega del mundo, que nos hace distintos para mostrarse. Él mismo, es igualmente necesario reconocer que su distinción se ha realizado en un amor absoluto por el mundo que le ha llevado a aceptarlo como parte de su propia vida con la encarnación. Es así como el cristiano debe situarse. La (nueva) evangelización no podrá ser eficaz si de inicio se presenta como una presencia eclesial alternativa a un mundo perverso. Algunas predicaciones deberían recordar que ni siquiera en la Iglesia salimos nunca del todo de ese *mundo* del que previene el evangelista Juan. El evangelio como buena noticia se asienta en una aceptación incondicional de la carne de este mundo, de sus dinamismos, de sus formas como manifestó el mismo Cristo en su encarnación. Esto supone que los cristianos hemos de recuperar el amor por el mundo sin sospechas. Solo en las formas mundanas de nuestras pasiones, de nuestras relaciones, de nuestros trabajos... es posible expresar la buena noticia.

Ahora bien, este amor por el mundo no puede convertirse, como sucede demasiado a menudo, en una doble vida justificada: cumplir con Dios y vivir para el mundo. El mundo debe ser acogido en nosotros en su verdad, verdad que

Cuando ya está todo dicho...

solo se encuentra en la lógica evangélica, donde el diseño de Dios se expresa en la carne. Una lógica en la que todo es bueno y a la vez todo es relativo, insuficiente y peligroso si no está reconciliado con el puesto donde Dios apunta a situarlo.

Esto supone que se ha de aprender *el arte de asumir complacidamente la presencia de la carne en la que somos y ante el mundo que nos constituye* tal como Dios lo hizo y, a la vez, *el arte de la indiferencia* ante todo, pues todo es finalmente relativo frente a Cristo como palabra de Dios para hacerse *todo en todos* (1Cor 15, 28) y

dar así consistencia última a la entera creación (Col 1, 17).

Recordemos para terminar que, según la parábola del sembrador, muchas semillas parecieron perderse, pero la cosecha fue finalmente espléndida. No tengamos miedo, pues, de que puestos en las manos del Señor seamos como esas semillas que parecen no dar fruto en la evangelización, pues la victoria del Reino siempre se esconde, en su misterio más hondo, a los cálculos demasiado estrechos y desconfiados de los hombres que intentan reducirlo todo a sus propios tiempos. ■

editorial 
SALTERRAE



BENJAMÍN GONZÁLEZ BUELTA, SJ

La pascua de los sentidos

208 págs.

P.V.P.: 13,50 €

Este libro ofrece al lector salmos para ayudar a disponerse a un encuentro con Dios siempre abierto a plenitudes insospechadas. Dios es quien tiene la iniciativa para conducirnos por el camino único que recorre cada uno de nosotros dentro de su corazón y en la construcción de Su reino en nuestra historia. Nuestro misterio se une al misterio de Dios, tanto en la contemplación como en el trabajo. El título, *La pascua de los sentidos*, hace referencia a la transformación que dicho encuentro obra en nosotros —«Comenzar a ver todo con ojos nuevos»—, en la que muere una manera vieja de percibir y se gesta una sensibilidad nueva para acoger la presencia y la acción de Dios en nuestras vidas.
